

XVII Domingo de Tiempo Ordinario

- Gén 18, 20-32. No se enfade mi Señor si sigo hablando.
- Sal 137. R. Cuando te invoqué, me escuchaste, Señor.
- Col 2, 12-14. Os vivificó con él, perdonándoos todos los pecados.
- Lc 11, 1-13. Pedid y se os dará.

1. ¿Qué dice la Palabra de Dios?

En el Evangelio de este domingo los discípulos piden a Jesús que les enseñe a orar —es significativo que esta “catequesis” sobre la oración se nos presente justo después del elogio de María de Betania que escucha la Palabra de Jesús—

Lucas es el evangelista que más resalta los momentos orantes de Jesús. Animados por el testimonio del Maestro, sus discípulos también quieren recibir lecciones para orar debidamente. Jesús enseña a orar con el ejemplo y con las palabras.

Tengamos en cuenta que para el pueblo de Israel, el templo era el lugar oficial de la oración para el judío. Jesús convierte el sitio donde está en lugar habitual para la oración. Pero la gran novedad no es tanto el dónde, sino el cómo: Jesús se dirige a Dios invocándolo como Padre. Todas las religiones rezaban a un Dios lejano, pero Jesús reza al Dios cercano, que vive en cada uno, y a quien se ora con amor. El Padrenuestro constituye la oración básica del discípulo de Jesús, porque establece una relación de confianza entre el Padre y el hijo.

Jesús enseña a sus discípulos la actitud fundamental del discípulo: la confianza total en un Dios que se nos revela como Padre.

En la primera parte del Padrenuestro, más dirigida a la relación con Dios, se pide que Dios sea santificado y que Venga su reino. Es decir, que Dios sea conocido y reconocido como Él se ha manifestado en la revelación. Y que su Reino venga a los humanos para que el proyecto de salvación vaya haciéndose realidad en la historia de la salvación.

En la segunda parte de la oración de Jesús las causas de Dios y del hombre se identifican; el creyente ha de mirar al Padre para relacionarse con los demás como hermanos. La confianza con el Padre ha de proyectarse y vivirse en la fraternidad con los hermanos: el alimento diario y el perdón de las ofensas indican el compromiso temporal de los hijos de Dios, hermanos entre sí.

Acabado el Padrenuestro, Jesús promete que toda oración será escuchada. Las dos breves parábolas insisten en la perseverancia y constancia en la oración, y en que tenemos que pedir el don del Espíritu, es decir, la misma vida de Dios. Pedir, buscar, llamar... No por la desconfianza de no ser escuchados, sino por preparar nuestro ánimo en la confianza total de ser atendidos. Cuando el creyente busca y pide confiadamente el Espíritu, ha de estar totalmente seguro que el Padre le atiende, incluso antes de que se lo pida.

2. ¿Qué nos dice la Palabra de Dios?

Quizás de tanto rezar el Padrenuestro, podemos caer en la rutina y ya no nos dice nada nuevo. Pero hemos de recordar que se trata de la oración fundamental del cristiano:

- Es la oración que me pone en relación con el Padre y con sus planes de salvación, que pasan por mi relación con mis hermanos.
- Es la oración que me abre a la confianza filial con Dios y a la comunión fraternal con el prójimo.
- Es la oración que nos ha revelado y regalado el mismo Jesús, el Hijo. Recoge esta plegaria lo que Jesús vivió y quiso enseñarnos en nuestra relación con Dios y con los humanos.

Por eso, ser cristiano es orar y practicar conforme a lo que el Padrenuestro nos hace orar y nos hace practicar. No sólo es una oración. Es todo un programa de vida.

- ¿Cómo entiendo esta oración?
- ¿Cómo la vivo?
- ¿Cómo la enseño en la familia, en mi grupo?

3. ¿Qué le respondemos al Señor?

- La Iglesia ora en su Liturgia tres veces al día con el Padrenuestro: en Laudes, en la Eucaristía y en Vísperas. La oración dominical —Jesús es el Dominus, el Señor— tiene su puesto privilegiado en la Liturgia.
- ¿Cómo oro esta oración que Jesús nos enseñó? ¿Cómo la vivo, cómo la practico?
- ¿Me dejo motivar por el Espíritu de Amor que vive en mí?
- Recitamos lentamente cada palabra del Padrenuestro, saboreando lo que le decimos al Padre.